

# Escripta

---

Revista de Historia

Los irredentos: intelectuales revolucionarios ante  
el 68

The unredeemed: revolutionary intellectuals before 68

**RODOLFO GAMIÑO MUÑOZ**  
[ORCID.ORG/0000-0003-1964-5362](https://orcid.org/0000-0003-1964-5362)

Recepción: 5 de junio de 2019  
Aceptación: 10 de agosto de 2019

---

---

# LOS IRREDENTOS: INTELLECTUALES REVOLUCIONARIOS ANTE EL 68

## THE UNREDEEMED: REVOLUTIONARY INTELLECTUALS BEFORE 68

Rodolfo Gamiño Muñoz<sup>1</sup>

### Resumen:

En este artículo se describen las escalas de violencia política desplegadas por el Estado mexicano contra los múltiples movimientos estudiantiles que, desde los años cincuenta del siglo XX, emergieron en el país. Paralelamente, se analiza cómo dos intelectuales del movimiento armado socialista mexicano y fundadores de la Liga Comunista 23 de Septiembre, Raúl Ramos Zavala e Ignacio Salas Obregón, interpretaron estos sucesos, particularmente la resolución del Estado contra el movimiento estudiantil acaecido en 1968 en la Ciudad de México. Cómo estos actores capitalizaron la experiencia represiva y cuáles fueron sus rutas de acción. Ello es importante, pues existe una narrativa que sostiene que el movimiento estudiantil del 68 catapultó, de manera automática, las movilizaciones armadas socialistas de carácter urbano. Por lo cual, es indispensable observar este suceso de manera fragmentada, descentralizarlo, despersonificarlo y sumar a la lectura de su impacto a múltiples actores sociales, políticos e ideológicos para, con ello, encontrar otras coordenadas explicativas alejadas de la hagiografía o el reduccionismo.

**Palabras claves:** Movimiento estudiantil 68, Estado, violencia política, intelectuales y movimiento armado socialista.

### Abstract:

This article describes the scales of political violence deployed by the Mexican State against the multiple student movements that, since the fifties of the twentieth century, emerged in the country. At the same time, it is analyzed how two intellectuals of the Mexican socialist armed movement and founders of the September 23 Communist League, Raúl Ramos Zavala and Ignacio Salas Obregón, interpreted these events, particularly the State's resolution against the student movement that occurred in 1968 in the City of Mexico. How these actors capitalized on the repressive experience and what were their routes of action. This is important, because there is a narrative that argues that the student movement of 68 automatically catapulted the socialist armed mobilizations of an urban nature. Therefore, it is essential to observe this event in a fragmented way, decentralize it, de-personify it and add to the reading of its impact multiple social, political and ideological actors in order to find other explanatory coordinates far from hagiography or reductionism.

**Keywords:** Student movement 68, State, political violence, intellectuals and socialist armed movement.

---

<sup>1</sup> Doctor en Antropología Social. Académico e Investigador del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México; [rodolfo.gamino@ibero.mx](mailto:rodolfo.gamino@ibero.mx);  [orcid.org/0000-0003-1964-5362](https://orcid.org/0000-0003-1964-5362)

## Introducción

Yo no estuve en Tlatelolco, pero me trasladó allá tiempo después Elena Poniatowska a través de todas esas voces y gritos que ella guardó en su libro la noche de Tlatelolco.

Ahí supe de Oriana Fallaci, periodista italiana de talla internacional que obtuvo su pase para entrar al mundo de los vivos y los muertos con una herida de bala y una de bayoneta.

Desde ahí lanzó su testimonio al mundo, un mundo que recuperó su capacidad de asombro al no explicarse porqué nuestro gobierno mexicano sacrificaba a su juventud en aras del autoritarismo y los juegos olímpicos. Juegos manchados de sangre.

Yo no estuve en Tlatelolco, pero recorrí tiempo y espacio con José de Molina y Amparo Ochoa. Y sentí Tlatelolco, y lo sentí con un nudo en la garganta, con su música y su poesía, lo sentí en la piel y lloré a sus muertos, los ancestrales que son los mismos muertos, nuestros muertos.

Yo no estuve en Tlatelolco, no vi a esos niños que no llegaron a ser jóvenes ni a esos jóvenes que no llegaron a ser viejos y que pagaron en esa Plaza de las Tres Culturas su tributo de sangre nueva, de sangre niña, que es el tributo más caro que un pueblo puede ofrendar a Mictlantecuhtli dios de la muerte.

Yo no estuve en Tlatelolco, pero supe de sus causas, autoritarismo y antidemocracia, no al diálogo. Movimiento estudiantil, mártires, presos políticos fueron causas que conocí muy de cerca, por eso entiendo a los que ahí estuvieron, supe del miedo que se transforma en coraje, supe del miedo que se transforma en clandestinidad, del optimismo y la traición, tortura y desapariciones forzadas. Además de la cárcel y la amnistía.

No, yo no estuve en Tlatelolco, pero en el recuento de los daños es como si hubiera estado. En Guadalajara después del 29 de septiembre vivimos muchos días de rojo amanecer [...] (Testimonio de Berta Lilia Gutiérrez en Gamiño, 2017).

Es un lugar común escuchar que el movimiento estudiantil de 1968 acaecido en la Ciudad de México, fue un parteaguas en la historia del país, que este suceso marcó en México el antes y el después. Es frecuente también encontrar afirmaciones que señalan que este suceso influyó para que una fracción de la izquierda en México radicalizara sus posturas ideológicas y políticas, que optara por romper con las vías institucionales, partidistas y se encaminara a la lucha armada radical contra el Estado, el sistema político, económico y cultural entonces vigente.

Ante estas perspectivas es indispensable observar el suceso del 68 de manera fragmentada, descentralizado, despersonalizarlo y, además, sumar a la lectura de su impacto a múltiples actores sociales, políticos e ideológicos, para encontrar otras

coordinadas explicativas alejadas de la hagiografía o el reduccionismo. Es imposible trazar una única línea explicativa en este orden, ya que intervienen múltiples factores, instancias y actores que elaboraron una lectura del suceso y, por ende, accionaron estrategias políticas diferenciadas, tanto a nivel local como nacional.

Ante esto, se vuelve necesario realizar un ejercicio de lectura, valoración y análisis del uso político que del 68 hicieron Raúl Ramos Zavala<sup>2</sup> e Ignacio Arturo Salas Obregón<sup>3</sup> (ideólogos o intelectuales)<sup>4</sup> que fungieron como articuladores del movimiento armado socialista y fundadores del grupo armado *Liga Comunista 23 de Septiembre* (LC23S). Conocer la lectura, la valoración y el uso político que estos ideólogos o intelectuales hicieron del acontecimiento permitirá explicar, al menos en una micro dimensión, cuáles fueron las influencias e impactos del 68, si es que las hubo, en los movimientos armados socialistas, y particularmente en la conformación de la LC23S.

### Pre 68: Intimidación, “mediación” y violencia como norma

La generación de 1968 estuvo signada por la experiencia de la negación, la privación a lo público y a lo político. Esa generación fue testigo de un pasado autoritario que los alcanzó para palparlos y “moldearlos”. Las y los jóvenes del 68 conocieron y crecieron observando la permanente respuesta represiva del Estado mexicano contra todo aquello que lo cuestionara: la represión contra las movilizaciones obreras a finales de los años cincuenta, el asesinato de líderes comunistas, el encarcelamiento de líderes ferrocarrileros, telefonistas y obreros como Valentín Campa o Demetrio Vallejo, así como el asesinato de Rubén Jaramillo y su familia en Xochicalco, Morelos. Amén de los ajusticiamientos contra la subversión comunista,

<sup>2</sup> Raúl Ramos Zavala nació el 25 de octubre de 1947 en Torreón, Coahuila. Entre 1965 y 1968 cursó la licenciatura en Economía en la Universidad de Nuevo León. Desde que estudiaba en la Preparatoria No. 1 de la UNL se inició en el quehacer político y llegó a ser líder de la Juventud Comunista de Monterrey. En: [http://nacidosenlatempestad.50webs.com/Bio\\_Raul%20Ramos%20Zavala.htm](http://nacidosenlatempestad.50webs.com/Bio_Raul%20Ramos%20Zavala.htm)

<sup>3</sup> Salas Obregón nació el 19 de julio de 1948 en Aguascalientes, Aguascalientes. Fue estudiante en el Instituto Tecnológico de Monterrey, tuvo una fuerte vinculación con católicos jesuitas apegados a la Teología de la Liberación. Fue aprehendido a la edad de 25 años la noche del 26 de abril de 1974, después de un enfrentamiento con la policía en la colonia San Rafael, municipio de Tlalnepantla, Estado de México. Fue trasladado al Hospital General de Tlalnepantla y luego al Campo Militar Número 1 por la Dirección Federal de Seguridad, y a partir de ahí se encuentra desaparecido. En: <https://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/2013/04/28/oseas-al-analisis-de-los-movimientos-sociales/>

<sup>4</sup> En este trabajo el intelectual será comprendido como un hombre o mujer que adquiere un compromiso con las luchas políticas e ideológicas. Sujetos que ejercen trabajo intelectual, de letras, poseedores de un saber universal. Un sujeto portador de valores, de un compromiso e incluso de una misión. Más que su oficio, lo que aquí cuenta son la defensa, la ilustración y la transmisión de valores en un debate cívico (Doose, 2007).

en Ciudad Madera Chihuahua, movimiento comandado por Arturo Gámiz, Pablo Gómez, entre otros.

La movilización estudiantil del 68 acaecida en la capital del país, más que una espontaneidad, fue la eclosión de una experiencia acumulativa de movilizaciones sociales, políticas y juveniles celebradas a nivel nacional. A pesar de haberse gestado espontáneamente, no fue algo anómalo, no fue una movilización que estuviera desvinculada de la experiencia de movilización y resistencia existente desde los años cincuenta y sesenta, particularmente, en estados como Jalisco, Sonora, Michoacán, Tabasco, Guerrero o Puebla (Rivas, Sanchez y Tirado, 2017).

Algunas de las estrategias organizativas, deliberativas y de movilización desplegadas en el movimiento estudiantil del 68 habían sido desarrolladas por otras organizaciones y movilizaciones juveniles y estudiantiles. Por ejemplo, durante los años cincuenta y sesenta miles de jóvenes de clase baja y una pujante clase media no estaban conformes con los designios del Estado mexicano posrevolucionario. Pero la militancia y participación social o política de esta juventud fue relegada a espacios de acción sumamente limitados y semiclandestinos: asociaciones, confederaciones de estudiantes en escuelas y facultades, el Partido Popular Socialista, Partido Comunista Mexicano, la Juventud Comunista, organizaciones religiosas influidas por la Teología de la Liberación u organizaciones masonas, por mencionar algunas.

A pesar de que a estos jóvenes y estudiantes les relegaron los espacios de participación, la movilización y resistencia fue vasta y multifactorial. Los motivos fueron desde diversas posturas: el apoyo a la revolución cubana, estar en contra de la guerra de Vietnam, a favor del movimiento de Martin Luther King, movimientos obreros o sindicalistas, laborales, destitución de un director o rector, la renovación de alguna Ley Orgánica universitaria, demandas de autonomía, por apertura a las vías de participación en la política estudiantil, contra el aumento en el costo del transporte público, contra las políticas de un gobernador, contra el presidente de la república e, incluso, hasta por el aumento a la cuota de admisión en las escuelas. El conjunto de estas movilizaciones se les puede llamar “democratizadoras” o “moralizadoras”.

Estas movilizaciones “democratizadoras” o “moralizadoras” de jóvenes y estudiantes durante la segunda mitad del siglo xx se caracterizaron también por romper con toda organización hegemónica proveniente o dependiente del Estado o del partido único,<sup>5</sup> que detentaba, a través del corporativismo, la cohesión y la dirección política e ideológica de los movimientos, a decir: El Frente Nacional de Estudiantes Técnicos, La Confederación Nacional de Jóvenes Mexicanos, entre otros.

<sup>5</sup> Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Fue a comienzos de 1960 cuando las movilizaciones cobraron relevancia nacional, particularmente las que se dieron en Jalisco, Michoacán, Puebla, Tabasco, Sonora y Guerrero.

La respuesta del Estado ante estas movilizaciones, tanto en provincia como en la Ciudad de México, tuvo pocas variaciones, la intimidación, la “mediación” y la violencia directa se convirtieron en una norma, en una regla de acción de los agentes del Estado. Es importante identificar a los actores encargados de perpetrar la violencia, así como las rupturas y continuidades en sus acciones. Durante las primeras manifestaciones importantes en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), acaecidas en los años cuarenta para evitar el cierre del Instituto, la represión estuvo a cargo principalmente de los cuerpos policiacos y, como se aprecia en el siguiente documento, del cuerpo de bomberos del entonces Distrito Federal:

A las 18:00 horas, al llegar a la esquina de Madero y Palma, la policía les cerró el paso [a los manifestantes] y disparó contra la multitud. Una mesera y 20 estudiantes quedaron tirados en la calle. Al día siguiente los periódicos informan de la muerte de cuatro estudiantes, entre ellos, Socorro Acosta, asesinada a hachazos por el Cuerpo de Bomberos y denuncian que los cadáveres han sido ocultados (*¡Que no vuelva a suceder!*, 2012, p. 43)

El discurso gubernamental justificó las agresiones a los jóvenes y estudiantes a través de una arenga conspirativa, arguyó que las movilizaciones y las demandas de este sector había sido organizadas e inspiradas por los comunistas infiltrados en el IPN.

Las movilizaciones conjuntas entre las Escuelas Prácticas de Agricultura, Las Normales Rurales y el IPN padecieron la misma situación a mediados de los años cincuenta. En unidad con el Frente Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) presentaron un pliego petitorio de 13 puntos, entre los que destacó la aprobación de una nueva Ley Orgánica, el cambio de director del IPN, construcción de instalaciones, ampliación de becas a los alumnos y el aumento del número de estudiantes admitidos, debido a que una gran cantidad de jóvenes no tenían la oportunidad de ingresar al Instituto. Las relaciones entre los estudiantes y el entonces gobierno del Distrito Federal se tensan. La distensión vino de parte del gobierno, puesto que, en la madrugada del 23 de septiembre de 1956, 1,800 soldados de los batallones 2, 8 y 24 del glorioso ejército nacional, al mando de tres generales de división y bajo supervisión del propio Secretario de Defensa ocuparon las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional. Esta operación, conocida como la “Operación P”, fue apoyada por el cuerpo de granaderos y por la policía judicial (De la Garza, 1986, p. 207).

La represión militar y policial perpetrada en el IPN dejó un saldo considerable de jóvenes y estudiantes detenidos, ante ello la FNET negoció la liberación de sus com-

pañeros presos. La respuesta del gobierno fue la “mediación”, la FNET cedió a las propuestas del gobierno y sus líderes terminaron adhiriéndose al aparato gubernamental. De esta forma, el gobierno tendría parcialmente el control de la movilización estudiantil. La FNET a nivel nacional desplegó un contingente de estudiantes “porros” que tendrían como principal actividad el sofocamiento, a través de violencia, de toda movilización, manifestación o protesta estudiantil. La respuesta a esta férrea estrategia de control consistió en la conformación de comités o consejos estudiantiles independientes, paradigmáticos fueron los casos del Distrito Federal, Jalisco, Puebla, Sinaloa, Chihuahua y Nuevo León.

La represión que padecieron las manifestaciones estudiantiles en provincia durante los primeros años de la década de los sesenta, tuvo pocas variaciones, el patrón parece ser el mismo.<sup>6</sup> La experiencia organizativa y de resistencia de la juventud se enfrentó a una respuesta gubernamental homogénea: en Guerrero, el gobierno local representado por Caballero Aburto optó por frenar la inconformidad estudiantil a través de un grupo de corte paramilitar denominado “Pentatlón Universitario”. Cuando la movilización de protesta se incrementa y se amalgama entre el movimiento estudiantil dirigido por Lucio Cabañas y el movimiento de los cívicos Guerrerenses comandados por Genaro Vázquez, el gobierno local optó por enviar a los cuerpos policiales y a las fuerzas armadas para distender el conflicto.

Los escenarios de confrontación fueron diversos, marchas en las que predominaban los heridos, golpeados y detenidos, hasta que el 25 de noviembre de 1960, el ejército se apoderó de la recién creada Universidad de Guerrero, para disolver la asamblea sostenida por el alumnado y desarticular el movimiento desde adentro. Las fuerzas armadas dispersaron a punta de bala las próximas manifestaciones callejeras, dejando múltiples heridos y una gran cantidad de dirigentes y activistas presos, incluido Lucio Cabañas.

El 10 de enero de 1966 en la Universidad de Michoacán se hizo una manifestación por el alza en los precios del transporte público y resultó muerto a tiros el estudiante Everardo Rodríguez Orbe. Este asesinato desató las manifestaciones masivas de jóvenes y estudiantes en la ciudad de Morelia, la respuesta del gobierno consistió en el envío de tropas al mando del General José Hernández Toledo. El General y su tropa tomaron las instalaciones de la universidad y detuvo con sobrada violencia a decenas de estudiantes, entre los que destacaron los líderes de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CENED), Rafael Aguilar Talamantes y el Dirigente popular Efrén Capiz. (Jardón, 2002; *¡Qué no vuelva a suceder!*, 2012).

<sup>6</sup> Cfr. (Aguayo, 2015; Ayala, 2005; Gamiño, 2016; Gamiño y Zamora, 2018; Ibarra, 2012; Montemayor, 2010, Sánchez Parra, 2012).

Por otro lado, en Sonora el patrón represivo del estado se mantuvo. Ante la manifestación juvenil estudiantil, los actores que fueron encomendados para desarticularla y exterminarla vuelven a ser las fuerzas armadas. El ejército ocupa la Universidad, “abundan los gases lacrimógenos, disparos, macanazos y las continuas embestidas de automóviles durante las manifestaciones callejeras” (*¡Que no vuelva a suceder!*, 2012). Ante la reincidencia de los estudiantes, la asonada del ejército se agudiza, nuevamente las fuerzas armadas toman la Universidad y algunas preparatorias bajo el mando y coordinación del General Hernández Toledo y, a través del disparo de una bazuca logra disolver de manera definitiva a los estudiantes inconformes. (*¡Que no vuelva a suceder!*, 2012).

Durante el mes de abril de 1968, los estudiantes de la Universidad Benito Juárez, de la Universidad de Villahermosa, Tabasco, demandaron mejoramiento económico para la Universidad, al no tener respuesta, levantaron una huelga y como protesta tomaron las instalaciones de la Normal. Múltiples grupos de choque intentaron a través de la violencia frenar la movilización. La protesta incrementó ante el asesinato del estudiante Mario Madrigal Tosca, las demandas crecieron hasta solicitar la renuncia del gobernador Manuel R. Mora.

El experimentado General Hernández Toledo llegó al Estado ante la solicitud del Congreso local. Arribó con un batallón de paracaidistas con bazucas, ametralladoras y, a bayoneta calada, se arrojó sobre la Universidad. La batalla entre jóvenes, estudiantes y las fuerzas armadas se agudizó en la calle, donde se apostó una Compañía del 16 Batallón de Infantería frente al museo y biblioteca de la Universidad para proteger el movimiento de una grúa municipal que levantó las dos camionetas incendiadas que se encontraban obstruyendo el tránsito de vehículos. (*¡Que no vuelva a suceder!*, 2012).

Los soldados disgregaron a un grupo de 200 personas que en forma dispersa estaban en el jardín de la Universidad y en las calles adyacentes. Posteriormente, una compañía del 16 Batallón de Infantería se trasladó a la Universidad y desalojó a aproximadamente 250 estudiantes que resguardaban el recinto. Algunos fueron golpeados y detenidos extralegalmente, la persecución policial-militar no sólo sucedió en Villahermosa, se extendió también a Hermosillo y otras poblaciones. El General Hernández Toledo entregó la Universidad limpia de “subversión comunista” al Rector García Cantú, quien lamentó lo sucedido.<sup>7</sup>

En esta primera etapa de movimientos juveniles y estudiantiles “democratizadores” o “moralizadores”<sup>8</sup> podemos encontrar algunas de las claves o patrones uti-

<sup>7</sup> Archivo general de la Nación (AGN). Galería Uno. Fondo Dirección Federal de Seguridad (DFS). DFS 100-24-18-67. Libro 6. Hoja 104.

<sup>8</sup> Valga decir que los ejemplos aquí incorporados son sólo algunos del proceso represivo implementado por el gobierno federal y los gobiernos locales para desarticular, paralizar y exterminar las movilizaciones

lizados por el gobierno federal y los gobiernos locales para paralizar, desarticular y exterminar la movilización, protesta y resistencia juvenil-estudiantil previo a la movilización de 1968 en la Ciudad de México.

Algunos de estos patrones fueron la intimidación, la mediación y la violencia. La intimidación consistió en el establecimiento de grupos juveniles con funciones parapoliciales o paramilitares dentro de los centros educativos y universidades, los cuales, se dedicaron principalmente a la observación, registro y acompañamiento de las reuniones, asambleas, movilizaciones de los comités o grupos estudiantiles. En un segundo momento, estos grupos oficiales operaron estrategias de intervención violenta para inhibir la participación de los jóvenes y estudiantes en los mítines, manifestaciones huelgas o tomas de centros educativos o universidades.

Cuando la acción de los grupos de intimidación fue insuficiente, el gobierno federal y los gobiernos locales optaron por implementar la estrategia de la mediación, es decir, la coerción del movimiento a través de instancias juveniles institucionales, organizaciones estudiantiles oficiales o grupos de presión auspiciados por los gobernadores.

La función de los mediadores consistió en establecer una negociación con los líderes de la movilización y pactar alianzas políticas para reducir la agitación de sus agendas políticas. Cuando la mediación se rompía, la violencia era el último recurso, en cada uno de los casos observados, las fuerzas del ejército, particularmente bajo el mando del General Hernández Toledo, especializado en toma de escuelas y centros universitarios, intervenía de manera directa en la recuperación de las instalaciones ocupadas por los alumnos, utilizaban bazucas, gases lacrimógenos y armas de fuego para dispersar a los manifestantes. Estas fuerzas, comúnmente era acompañadas por cuerpos de la policía municipal, estatal o policía judicial y de investigación. Así como agentes del Servicio Secreto o de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) (*Cfr.* Veledíaz. 2017).

Fue común en las manifestaciones callejeras que los cuerpos policiales o parapoliciales dispararan de manera directa a los manifestantes, perpetraran detenciones ilegales, desapariciones temporales y encarcelamientos en cárceles clandestinas en las cuales “interrogaban” a las y los detenidos, para después inculparlos con pruebas prefabricadas o ponerlas y ponerlos en libertad.

Es importante subrayar que este proceder estuvo siempre marcado por el discurso de la conspiración comunista. La prensa, desde entonces, estuvo en sintonía, pues, además de legitimar el proceder ilegal de las fuerzas del orden, exonerar de

---

de protesta y resistencia de los jóvenes y universitarios. Por cuestiones de espacio no es posible describir de manera ampliada otros movimientos y otros contextos, por ejemplo, Jalisco, Puebla, Sinaloa, Nuevo León, entre otros.

la responsabilidad de los delitos perpetrados a los militares, policías y los gobiernos locales, dio salidas políticas al conflicto. (Gamiño. 2013).

Como anteriormente se arguyó, la movilización estudiantil del 68 acaecida en la capital del país fue, más que una espontaneidad, la eclosión de una experiencia acumulativa de múltiples movilizaciones sociales, políticas y juveniles celebradas a nivel nacional. La movilización del 68, a pesar de haberse gestado “espontáneamente”, no fue algo anómalo, no fue una movilización que estuviera desvinculada de la experiencia de movilización y resistencia existente. Tampoco fue para el Estado una novedad, un escenario nunca previsto, asimilado y enfrentado. No es fortuito que los patrones represivos implementados contra el movimiento del 68 en cada una de sus fases hayan transitado por la intimidación, mediación y la violencia directa, pero de una forma mucho más ampliada, extendida y pública (Gamiño. 2013), como en adelante se observará.

### Las represiones del 68

La conspiración internacional fue un discurso oficial que permeó toda manifestación juvenil-estudiantil durante las décadas de los años cincuenta y sesenta, el germen del movimiento estudiantil del 68 no estuvo exento, fue enmarcado discursivamente como la continuación de la conspiración comunista en México, y como tal, la respuesta del Estado mexicano y el gobierno de la capital respondió. La experiencia acumulada de los agentes militares y policiales contra las manifestaciones estudiantiles en la capital y en los estados se personificó en el movimiento capitalino, con algunas variaciones importantes.

El proceso de mediación entre los jóvenes y estudiantes con el entonces Gobierno del Distrito Federal y la Secretaría de Gobernación no se sostuvo, desde el comienzo de los enfrentamientos entre los estudiantes el proceder de las fuerzas del orden fue el de la intimidación, pero, principalmente, el ejercicio de la violencia directa. El ejército, después de la incapacidad del cuerpo de granaderos fue, de nueva cuenta, el actor convocado para paralizar, desarticular y exterminar la inconformidad y movilización estudiantil, juvenil.

El General Marcelino García Barragán sostuvo que “el ejército actuó inmediatamente después de que recibió la petición del regente y del Secretario de Gobernación para sofocar los disturbios provocados. Estamos preparados para repeler cualquier agresión y lo haremos con toda la energía: no habrá contemplaciones para nadie”.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Cfr. “México del 68. Cronología de la revuelta estudiantil”. en: <https://info.nodo50.org/Mexico-del-68-Cronologia-de-la.html> (Consultado el 10 d mayo de 2018) y en *¡Que no vuelva a suceder!*

Al comienzo de las reyertas entre preparatorias, el General José Hernández Toledo salió del Campo Militar Número Uno al primer cuadro de la ciudad, acompañado por soldados de línea adheridos a la primera zona militar. “El convoy fue integrado por tanques ligeros y jeeps equipados con bazucas y cañones de 101 milímetros, y camiones transportadores de tropa. La tropa inició su marcha hacia las preparatorias,<sup>10</sup> donde estaban parapetados algunos estudiantes. Al igual que en las movilizaciones estudiantiles en diversos estados de la república, las tropas militares dispararon sus bazucas contra las puertas de la preparatoria 1 y 3.

A la 1:05 horas., con una bazuca fue volada la puerta de la preparatoria, conminando el ejército a los estudiantes que se encuentran en el interior para que salgan... a la 1:50 hrs., miembros del cuerpo de granaderos entraron a la Preparatoria Número Uno a sacar a los que se encontraban adentro; esto se hizo apostando al ejército en el exterior. Están haciendo aprehensiones de los estudiantes que se encontraban en el interior de la escuela, notándose que varios de ellos se encuentran heridos. Primeramente, se encontraban en el lugar una compañía de asalto, y a las 1:50 hrs., llegó el 44 Batallón de Infantería para reforzar a las fuerzas interiores.<sup>11</sup>

Desde esta primera intervención militar hasta la masacre del 2 de octubre, el ejército sería el actor principal en el proceso represivo, ejerciendo una fuerza desproporcional y extralegal contra movilizaciones estudiantiles, que, en todo momento, procedieron con apego a la constitución.

Con el aglutinamiento del movimiento entre el IPN y la UNAM se conformó el núcleo duro del asambleísmo y, posteriormente, la conformación del Consejo Nacional de Huelga (CNH). Las movilizaciones y los enfrentamientos entre las y los estudiantes contra las fuerzas del orden se incrementaron exponencialmente, mientras fue lanzado el pliego petitorio. Paralelamente, el movimiento extendió su radio de influencia a las universidades de Veracruz, Guanajuato, Michoacán, Querétaro, Aguascalientes, Hidalgo, Chiapas, Durango, Tamaulipas, Zacatecas, San Luis Potosí, Nayarit, Baja California, Morelos, Tabasco, Oaxaca, Sinaloa y Puebla. (*¡Que no vuelva a suceder!*, 2012, p. 78)

Entre las asambleas, manifestaciones, mítines y marchas celebradas en los meses de agosto y septiembre, la intimidación fue el arma favorita del estado para inhibir la participación de las y los estudiantes y, así, fracturar el movimiento. La intimidación fue perpetrada de manera individual por múltiples comandos poli-

<sup>10</sup> Archivo General de la Nación. Galería Uno. Fondo Dirección Federal de Seguridad. DFS 11-4-68. Libro 24. Hoja 191.

<sup>11</sup> DFS 11-4-68. Libro 24. Hoja 191.

ciales, militares y paramilitares: algunos de los líderes del movimiento sufrieron agresiones con armas de fuego en las inmediaciones de sus domicilios por grupos armados no identificados, pudieron ser agentes de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), del Servicio Secreto o miembros del Estado Mayor Presidencial; de la misma forma individuos con el rostro cubierto disparaban con ametralladoras M-1, máuseres y pistolas a los edificios escolares, principalmente, preparatorias; las manifestaciones fueron vigiladas por el ejército mexicano, acompañados por tanquetas y camiones para el traslado de tropas; el ejército mexicano también vigiló en todo momento las preparatorias, el IPN y la UNAM e invariablemente, realizaban recorridos por el centro de la ciudad; militares, policías del Distrito Federal y granaderos realizaban indiscriminadamente detenciones arbitrarias a brigadistas en las calles de la ciudad; individuos vestidos de civil agredieron en múltiples ocasiones la Escuela Vocacional 7 y Vocacional 4 con pistolas, macanas, cadenas, garrotes y mangueras a los estudiantes, se introducen en las escuelas, rompen cristales y posteriormente desaparecen.

Nuevamente, el discurso que acompañó y legitimó todo este despliegue fue el de la conspiración internacional comunista, que los jóvenes estaban siendo influidos y motivados por políticos facciosos que tenían el interés de desprestigiar a México ante la realización de los XIX Juegos Olímpicos. El presidente Díaz Ordaz sentenció en su IV Informe Presidencial que el Estado había sido tolerante hasta excesos criticados, y que entre sus atribuciones figuraba, según el artículo 89 constitucional:

[...] disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente o sea del ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación... No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos. (*¡Que no vuelva a suceder!*, 2012, p. 84)

La respuesta de todo el aparato gubernamental llegó 17 días después, cuando el despliegue militar sabía lo que tenía que hacer. La “Operación galeana” y el batallón Olimpia” accionaron gradualmente: todos los cuerpos policiacos tuvieron la orden del General Luis Cueto de impedir cualquier manifestación que alterara el orden público; de vigilar centros educativos del IPN y de la UNAM; ejecutar detenciones extralegales y desaparecer de manera temporal a los manifestantes; así como intimidar con disparos al aire ante cualquier intento de manifestación pública de jóvenes o estudiantes; ataque a brigadistas por sujetos armados, vestidos de civil y en automotores sin placas, todo sucedió antes de la manifestación del silencio, a celebrarse el 13 de septiembre.

Ante la manifestación silenciosa, el Estado mexicano reaccionó con una fórmula ya probada en la distensión de conflictos estudiantiles: que el ejército tome y “custodie” la Universidad y los centros educativos. De esta forma, la UNAM fue ocupada por las fuerzas armadas, permanecieron ahí desde el día 18 hasta el 30 de septiembre. En la Universidad se apostaron

[...] unidades del ejército al mando del General Crisóforo Mazón Pineda, Comandante de la Brigada de Infantería. En esta operación participaron el 12 Regimiento de Caballería Mecanizado, un Batallón de Fusileros Paracaidistas, una Compañía del Batallón “Operación Olimpia”, dos Compañías del Batallón 2, Batallón de Ingenieros de Combate y un Batallón de Guardias Presidenciales, con un total de 3 mil hombres.<sup>12</sup>

El 19 de septiembre, el Casco de Santo Tomás del IPN también fue tomado por militares, policías y múltiples escuadrones armados o paramilitares y, al igual que en la UNAM, ha sido identificada la actuación del “Batallón Olimpia”.<sup>13</sup> Las múltiples estrategias represivas utilizadas por el gobierno de la capital y el gobierno federal se condensaron en la masacre perpetrada el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Nuevamente la intimidación y mediación dejaron de ser una prioridad restrictiva para el gobierno capitalino y el gobierno federal, la violencia directa, extendida y pública fue la norma. Sin embargo, importante subrayar que la estrategia de exterminio incluyó múltiples espacios geográficos en las cuales se suspendieron las garantías constitucionales de la población, creando con ello diversos espacios de excepción.

En la matanza de Tlatelolco, las fuerzas del orden ejecutaron recursos ya implementados en sus muchas experiencias represivas: infiltraron, vigilaron, diversificaron sus escuadrones policiales y militares, generaron confusión ante las fuerzas del orden apostando francotiradores en departamentos y edificio aledaños a la plaza y colocando policías y escuadrones militares dentro del Edificio Chihuahua, (Montemayor, 2004; Scherer y Monsiváis, 1999). Después de la masacre, copiosamente ya documentada, el informe de la Fiscalía Especial para los Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) sostuvo que fueron distintas las formas con las que el movimiento encaró la derrota impuesta el 2 de octubre. En un ambiente de represión y persecución se realizaron asambleas en la UNAM y el IPN manteniendo la huelga en un intento de fortalecer a los comités de lucha. Pese a que varios estu-

<sup>12</sup> Archivo General de la Nación. Galería Uno. Fondo Dirección Federal de Seguridad. DFS, 11-4-68. Libro 40. Hoja 182-197. También en, *¡Qué no vuelva a suceder!* p. 88.

<sup>13</sup> Archivo General de la Nación. Galería Uno. Fondo Dirección Federal de Seguridad. DFS, 11-4. Libro 4. Hoja 182. También en, *¡Qué no vuelva a suceder!* p. 93.

diantes fueron asesinados al realizar pintas, continuaron las brigadas de propaganda. El Consejo Nacional de Huelga (CNH) intentó reorganizarse, convocó a movilizaciones, intentó mantener el vínculo con las escuelas de provincia. El movimiento se encontró desarticulado en un ambiente de miedo. El CNH fue disuelto. Las escuelas regresaron a clases en un clima de aparente normalidad (*¡Que no vuelva a suceder!*, 2012, p. 113).

## Intelectuales del movimiento armado ante el 68

Paradójicamente, los intelectuales del movimiento armado socialista mexicano, al menos dos de los fundadores de la LC23S, no centraron su análisis del movimiento estudiantil del 68 en la respuesta del Estado para paralizar, desarticular o exterminar el movimiento, por ende, tampoco prestaron mucha atención a las dimensiones y escalas de la estrategia represiva. Fue apenas, un elemento complementario. Las preocupaciones analíticas e interpretativas de Raúl Ramos Zavala se centraron en el análisis del movimiento social y en la incapacidad de la izquierda de inspiración comunista para asumir la dirección, definición y los lineamientos del movimiento de masas.

Ramos Zavala en su documento intitulado *El tiempo que nos tocó vivir* (2003) realiza además de una lectura, una valoración y propone un uso político del movimiento del 68. La lectura que Ramos Zavala realizó del movimiento estudiantil fue contextual, una asimilación ampliada de la movilización obrera y campesina en México durante los últimos años previos al 68.

Para este intelectual, el movimiento estudiantil del 68 fue un suceso que detonó la reflexión sobre el papel desempeñado por el Partido Comunista Mexicano (PCM) y la Juventud Comunista (JC) ante las múltiples movilizaciones campesinas y obreras acaecidas desde los años 20 en México. Al respecto, Ramos Zavala sentenció que el movimiento de masas en el país estaba estancado, que se encontraba cooptado por la burguesía terrateniente que persistía aun después del proceso revolucionario. Paralelamente, sostuvo que las movilizaciones de obreros y trabajadores desde el año 35 hasta el 59 no había fructificado por la cohesión ejercida desde el sistema corporativo, clientelar y por el continuo ejercicio represivo del Estado y la Burguesía.

Además, señaló que la fórmula autoritarismo-corporativismo sindical forzó la adhesión de la clase obrera y campesina al sistema capitalista y, es decir, provocó que las movilizaciones carecieran de una identidad y conciencia de clase, se volvieron inofensivas para el sistema. Ramos Zavala tenía claro que “la burguesía mató dos pájaros de un tiro: el capitalismo se desarrolló a la par que logró controlar y enajenar a la clase obrera. Al aliado lo convirtió en patrón” (Ramos. 2003. p. 22).

Esta estructura favoreció la enajenación organizativa, impidió la concientización de clase y la identificación de los obreros y campesinos. Aniquiló la “posibilidad revolucionaria”. Aunado a ello, la respuesta del Estado a cualquier manifestación, movilización fue una represión brutal. La movilización de masas para Ramos Zavala consistió en una

[...] incapacidad para la acción organizada independiente y la percepción clara de la existencia de un espejo sobre el cual reflejarán sus acciones, para que le oriente; y entendió también la posibilidad de que, al deformarse sus organizaciones de clase, éstas se convirtieran en instrumentos que podían ser usados en su contra (Ramos. 2003. p. 27).

Para Ramos Zavala, el PCM no había sido capaz de fungir como un catalizador, articulador y generador de sentido a las movilizaciones de las masas campesinas, obreras y estudiantiles acaecidas en México, el Partido estaba atrapado en una crisis histórica en cuanto a su concepción organizativa y su línea política.

La percepción de desarrollo que tenía internamente el PCM consistió en acercarse a la clase obrera y desarrollar un sentido colectivo para evitar el sectarismo en el reclutamiento de nuevos cuadros y evitar, a toda costa, el oportunismo político al interior. Sin embargo, esto resultó imposible sostuvo Raúl Ramos, debido a que el partido siempre estuvo regido por una estructura organizativa celular, la cual fue impuesta por Lenin. Ello lo convertía, en la práctica, en un partido cerrado, enclaustrado, alejado de las movilizaciones obreras y campesinas.

Esta estructura no pudo fructificar debido a que el planteamiento de Lenin respondió a un contexto europeo colmado de efervescencia ideológica y política de clase, mientras que, en México, no existían las condiciones para que los obreros tuvieran una disciplina e identificación de clase, pues ésta estaba cooptada, doblegada y cohesionada por el corporativismo estatal y, además, limitada por la represión permanente del Estado.

Ante este escenario permanente, Raúl Ramos sostuvo que la movilización de masas en México había sido, en todo momento, espontánea y explosiva, porque la clase obrera y campesina carecían de una referencia, de un eje que los dotara de una conciencia de clase, carecían de un órgano asociativo, reivindicativo que los articule, otorgue contenido para su acción. Las masas habían emergido de forma espontánea, explosiva, pero en un vacío, un vacío que es ocupado por la institucionalización del control estatal y burgués, así como por la represión del Estado. Al respecto Ramos Zavala sentenció:

Efectivamente, el problema de la espontaneidad y la explosividad del movimiento de masas en México tiene su raíz en la insatisfacción social y política existente y en

la carencia de sus organizaciones políticas reivindicativas. Observamos, por ejemplo, que las masas aparecen dispuestas a lanzarse a la lucha con cualquier motivo y en cualquier oportunidad, en Sonora por la imposición de un candidato; en Durango contra la corrupción oficial; en Michoacán, por el alza de las tarifas camioneras y las más sorprendente, de todas las citadas y otras muchas- fue el Movimiento Estudiantil en el Distrito Federal en 1968, iniciado por la represión circunstancial a los alumnos de una vocacional y una preparatoria el 23 de julio de ese año (Ramos. 2003. pp. 29-30).

Para Raúl Ramos, este cúmulo de situaciones y malestares hizo más que imposible el imaginar un movimiento revolucionario, llevado a cabo por aquellos sectores obreros y campesinos unidos por su identidad, conciencia de clase, coordinados y dirigidos por una vanguardia, un cuerpo orientador de sus luchas, pero también “un alimentador de su conciencia que les haga concluir la necesidad de la acción revolucionaria” (Ramos. 2003. p. 52).

El 68 mostró a Ramos Zavala que tanto el PCM como la JC no lograron algunos de sus objetivos fundamentales, como fue la vinculación con las masas de obreros y campesinos, catalizar su inconformidad, capitalizar la protesta, guiar, fomentar la identificación, generar conciencia de clase y conformar organizaciones revolucionarias sólidas, no expresiones espontáneas y explosivas. Qué, en múltiples intentos, fue común la reproducción del modelo organizativo del partido: divisiones y escisiones por diferencia en la concepción organizativa y línea política entre unos y otros miembros del partido. Ramos lo sintetizó de la siguiente forma: “no hay marxismo aplicado, sino ritualizado”.

El uso político que Raúl Ramos Zavala realizó del movimiento estudiantil del 68 fue, en primera instancia, señalar que dicho acontecimiento puso a prueba a todas las organizaciones de izquierda en México y, que cada una, tuvo una lectura diferenciada. Los jóvenes de la JC creyeron que el movimiento y combate del 68 fomentaría la consolidación de las vanguardias revolucionarias, pero, sin tener en claro cuál era el destino de la insurgencia estudiantil. Para Ramos Zavala, el problema no fue sólo la represión, sino la incapacidad de las izquierdas, incluida la JC para definir líneas de acción. El movimiento, en su conjunto, lanzó preguntas a la izquierda revolucionaria que fueron incontestables. Por ejemplo ¿qué hacer después de la represión? Si no contaban con una experiencia de movilización de masas, sin una conciencia de clase afianzada, una identificación. No lograron entender el ritmo de la acción después de la masacre. Quedó de manifiesto que las fuerzas de izquierda revolucionaria eran incapaces de tutelar un verdadero movimiento o fuerza social influyente e integrador de la acción revolucionaria.

Ante ello, sostuvo que era imperante consolidar un “verdadero partido revolucionario”, “una organización armada superior”. Sentar las bases de una teoría vanguardista que facilite la incorporación de múltiples organizaciones de izquierda. Para Ramos Zavala era ineludible consolidar un partido que abortara las prácticas del “oportunismo-reformismo” y que se fomentaran los principios del comunismo, era “necesario insuflar de espíritu combativo al partido para pugnar por la democracia y el socialismo” y, paralelamente, combatir también el dogmatismo” (Ramos. 2003. p. 10).

Ramos Zavala no soslayó del todo las estrategias represivas del Estado, sabía que para desarrollar una tarea de esta envergadura era necesario desarrollar estrategias de autodefensa armada, con una nueva perspectiva y sentido. El núcleo de la autodefensa armada debe emerger o estar incrustado en el movimiento de masas, actuar mancomunadamente, generar estímulos al interior, incentivar la participación social y el movimiento de masas. Este núcleo deberá también tener diversas funciones, por ejemplo:

[...] interceder en la protección del movimiento, de sus acciones y organizaciones (de masas y revolucionarias). Esta protección, que de hecho desempeña labores paramilitares, también se presenta como una parte del todo global del problema organizativo. Es decir, que se obliga al desenvolvimiento de lineamientos de organización clandestina (que no subterránea) con todos los elementos preventivos y de real conexión con el movimiento que esto implica... La acción armada, en este sentido, debe jugar un papel dinámico de respuesta a las agresiones y presiones ejercidas, sin que ello signifique un “defensivo” estático como el concepto clásico de la autodefensa, sino comprendida en el contexto de la acción armada en su conjunto. En este sentido, la avanzadilla armada del movimiento tendrá ciertamente un papel directamente ligado a él. Incluso como condición indispensable para su subsistencia y desarrollo (Ramos. 2003. pp. 56,57).

El 68 representó para este intelectual una oportunidad para que la izquierda revolucionaria se examine y redefina. Replantee su concepción organizativa, elaborar y decidir colectivamente el replanteamiento de la línea política, las estrategias de acción y las formas de lucha, así como el equipamiento de los grupos de autodefensa. Al respecto, Raúl Ramos Zavala concluye que:

Este proceso de afirmación revolucionaria no ha sido sencillo. Todo lo contrario; ha sido resultado de luchas internas y aproximaciones sucesivas hacia planteamientos comunes, derivados de la necesidad de operar cambios reales en la acción y concepción de la izquierda revolucionaria, en México. El efecto catalizador de este proceso indudablemente lo ha sido la acción de 1968.

Otro de los intelectuales del movimiento armado socialista mexicano fue Ignacio Arturo Salas Obregón (Oseas). Redactó el Manifiesto intitulado “Cuestiones Fundamentales del Movimiento Revolucionario” (2003).<sup>14</sup> El Manifiesto, según sus palabras

[...] es el fruto inmediato de la discusión política y el análisis marxista que sobre el curso del movimiento revolucionario, han venido realizando diversos organismos y militantes revolucionarios del invierno del 71 a la fecha, pero fruto también, de la experiencia práctica que ha arrojado la lucha del proletariado del 56 a la fecha y de manera particular, de la práctica de diversos organismos revolucionarios armados que desde el 65 se vienen desarrollando y consolidando; y por último, es el resultado de la asimilación lo más completa posible de la herencia teórica y práctica de los militantes revolucionarios caídos en la lucha (Salas. 2003. p. 12).

En el documento Cuestiones Fundamentales del Movimiento Revolucionario, Salas Obregón realiza un análisis eminentemente economicista, sostuvo que en México se ha consolidado la fase imperial del capitalismo y ante ello, el reto del proletariado consistía en consolidarse como clase social, derrocar al régimen burgués y crear la dictadura proletaria.

Salas Obregón sentenció que, durante los últimos años de la década de los sesenta y los dos primeros años de la década de los setenta, únicamente se habían manifestado una postura revolucionaria burguesa, que sostenía como principio la liberación nacional. Ponderó la necesidad de gestar una revolución comandada por “revolucionarios puros”, los cuales deben tener como tarea la creación de un ejército, un partido político, cambiar las relaciones de producción y desterrar a la burguesía del poder.

Salas sentenció que el proletariado mexicano tenía todas las condiciones históricas a su favor para desarrollar y consolidar una conciencia de clase:

El proletariado en México, a través del desarrollo de su lucha y fundamentalmente como resultado del flujo de ésta, que se da a mediados de la década de los 50 a la fecha, paulatinamente ha ido creando condiciones para hacer posible tal constitución. En primer lugar, ha venido intensificando su lucha contra los patrones y el Estado, en segundo lugar, ha arribado de lleno al terreno de la lucha política, en tercer, ha ido creando diversas formas de organización que aparecen ya en el actual periodo, como la base objetiva sobre la cual puede crear y consolidar su partido, en cuarto, ha

<sup>14</sup> Cuestiones Fundamentales del Movimiento Revolucionario fue redactado por Salas Obregón durante los meses de marzo de 1973 a abril de 1974, es decir, a cinco y seis años de distancia de los acontecimientos del 68.

ido elevando paulatinamente su conciencia, y con ello, la comprensión de carácter histórico y transitorio de las relaciones de producción burguesas, el carácter irreconciliable entre sus intereses y los intereses burgueses, la necesidad e inevitabilidad de la guerra civil revolucionaria (Salas. 2003. p. 34).

En síntesis, para Salas Obregón, la tarea u objetivo histórico del proletariado consistía en “formar un partido proletario armado, no sólo con la teoría de vanguardia, sino con una actividad militar de vanguardia” (Salas. 2003 p.36). Impulsar la concreción de una “guerra de carácter prolongado” basada en el hostigamiento militar contra la burguesía y las fuerzas del Estado, el fortalecimiento de una unidad y organización política.

La revolución tiene que tener por objeto barrer con el Estado burgués y las relaciones burguesas de producción, sentará al mismo tiempo las bases para la abolición total de la división de la sociedad en clases, de la desigualdad, opresión social y política que de esta división se desprende. Esto constituye la misión histórica del proletariado (Salas. 2003. p. 40).

Ante estos objetivos revolucionarios, Salas Obregón realizó una lectura muy particular del movimiento estudiantil de 1968. Para este intelectual el 68 concretó una tendencia histórica ofensiva del proletariado, dotándolo de un carácter más estratégico, encaminado a la insurrección. Para Salas Obregón la lucha de clases que se manifestó en el 68 asemejó a una gestación de “guerra civil revolucionaria” (Salas. 2003. p. 57). Esta movilización, sostiene Salas, fue idónea para preparar al proletariado a la adquisición de una conciencia de clase y despojar del poder político a la burguesía (Salas. 2003. p.57).

Salas Obregón leyó en el movimiento estudiantil el inicio de la huelga política, una fase superior en la lucha proletaria de las huelgas históricas del país. Movilizaciones y huelgas que desde los años de 1910 a 1940 habían tenido una posición ofensiva.

Las movilizaciones y huelgas después de 1956 se masificaron, dotaron al proletariado de una madurez e identificación de clase. Fue nítida la diferenciación: obreros fabriles, obreros agrícolas, obreros magisteriales y obreros estudiantiles. Ofensiva que se agudizó después del levantamiento armado de Arturo Gámiz, Oscar González y Pablo Gómez ante el asalto al Cuartel Madera en 1965.

Después de estos sucesos, el proletariado pasó de la ofensiva inferior a la ofensiva superior a través de los múltiples enfrentamientos entre éstos y el proletariado. Se ha preparado ya para la lucha revolucionaria, es decir, para pasar de la huelga económica a la huelga política. El proletariado ha dado el primer paso para realizar el combate de calle y el ejercicio de la resistencia colectiva.

Salas Obregón valoró el 68 como un punto de quiebre, el momento de madurez proletaria, debido a que, en este acontecimiento, la huelga política se generalizó y evidenció la necesidad de “arribar a formas superiores de lucha, de táctica y de organización” (Salas. 2003. p. 58). El 68 confirmó a Salas que a la par de la huelga política se generan “manifestaciones políticas, el combate de calle”. (Salas. 2003. p. 58)

El 68 es a fin de cuentas una ampliación y profundización, la más importante hasta ahora, de la experiencia más rica del movimiento de los ferrocarrileros. El 68 es de principio a fin una gran huelga política. Indisolublemente ligado al desarrollo de ella, aparecieron también en estas jornadas otras formas, como formas auxiliares: el combate callejero, el mitin relámpago, la huelga económica, etc. La huelga económica no sólo da cuerpo a todas estas formas, sino que su propio desarrollo estaba condicionado al desarrollo de éstas. Pero además la huelga política adquiere, por su extensión, el carácter embrionario de una huelga general; por su forma la de una embrionaria guerra de guerrillas que tendía a generalizarse; por su ubicación estratégica se convierte en el ariete que impulsaba el desarrollo de la insurrección, de la guerra civil revolucionaria (Salas. 2003. p. 60).

El uso político que Salas Obregón realizó del movimiento estudiantil de 1968 consistió en impulsar “formas de resistencia más adecuadas y defensivas, a decir, la actividad militar del movimiento... operaciones militares ofensivas y a las operaciones militares como actividad de agitación y propaganda” (Salas. 2003 p. 65). Esta estrategia defensiva y ofensiva evitará que el desenlace del movimiento sea causado por la represión de las fuerzas del Estado, tal como aconteció con el movimiento del 68.

Para Salas (2003) una de las consignas fundamentales después del 68 fue la preparación política y militar del proletariado durante las huelgas, conformar la insurrección:

[...] preparar política y militarmente el desarrollo de múltiples huelgas, de amplias huelgas políticas, deben ser una de nuestras consignas centrales. Intensificar y generalizar el combate de calle y la lucha guerrillera, debe ser la consigna que siempre aparezca al lado de la anterior... Insistamos pues: el desarrollo de las formas de lucha del proletariado, habla claramente de que ésta va derivando en la INSURRECCIÓN. El movimiento en su conjunto aún no ha alcanzado este nuevo y elevado peldaño, pero debe prepararse para ello... la huelga política es la forma a través de la cual la guerra de guerrillas tiende a generalizarse” (Salas. 2003. pp. 71-74).

Además percibió el 68 como una lección de la estrategia de combate de calle que tenía que ser tomada en cuenta para el desarrollo del levantamiento armado socialista, así como la experiencia de las Brigadas, como una forma avanzada de organización del activismo político-militar. Las Brigadas como agentes coordinadores de la huelga política, el combate callejero, labores de agitación y propaganda. Las Brigadas son una “forma de organización que da la posibilidad al movimiento de transformar el simple paro de actividades en una verdadera huelga política” (Salas. 2003. p. 112) y, posteriormente, en una insurrección armada clandestina. La Brigada, para Salas Obregón es la forma de “organización político-militar propia de los elementos avanzados de la clase”, siempre supeditados a un Comité Coordinador de Brigadas.

El Consejo de Representantes es también un elemento fundamental para Salas Obregón durante la gestación y el desarrollo del movimiento armado socialista, el cual “aseguraría la representación de los múltiples intereses de clase, articular y cohesionar la política del proletariado en la diversidad de destacamentos y organismos de la misma” (Salas. 2003. p. 121). Fungiría como un “órgano al cual la clase le asigna la función de dirigir, coordinar y generalizar la lucha... es la expresión particular del carácter democrático de su dirección... puesto que existe la posibilidad de revocar a sus representantes en el primer momento que éstos traicionaran sus propios intereses” (Salas. 2003. p. 121). En síntesis, para Ignacio Salas Obregón en:

[...] las experiencias del 68 quedaron sentadas las bases para que los elementos centrales del socialismo fueran arraigando cada vez con mayor fuerza en la conciencia de las masas: primero, la necesidad e inevitabilidad de la transformación de las relaciones de producción capitalistas, sobre la base de la destrucción del Estado burgués y la abolición de la propiedad privada de los medios de producción; segundo, la necesidad e inevitabilidad del desarrollo de la guerra civil revolucionaria (Salas. 2003. p. 138).

## Conclusiones

Los jóvenes del 68 vivieron experiencias comunes en torno al aparato represivo del Estado mexicano. El fondo de esta trama está en la represión de las múltiples huelgas, asesinatos de líderes comunistas, persecuciones, encarcelamientos, torturas, ajusticiamientos y desaparición forzada temporal y permanente. Estos jóvenes experimentaron y acumularon experiencia política, estrategias de resistencia que los impulsaron a pugnar por la democratización y moralización de la vida universita-

ria o escolar. El movimiento estudiantil del 68 para muchos de estos jóvenes no fue algo anómalo, por tanto, su participación fue vasta y multifactorial.

La norma represiva fue en primera instancia la “mediación”, la intimidación y el ejercicio de la violencia directa. Esta represión fue en todo momento ampliada y pública, la represión y la violencia cumplió un papel pedagógico ante la observancia pública. Las acciones represivas implementadas por policías locales, estatales, militares, granaderos, grupos de choque, “porros”, escuadrones armados, policías judiciales, agentes de inteligencia policial, del Servicio Secreto, de la Dirección Federal de Seguridad, batallones civiles, etc., tenían que operar de forma pública, sus acciones deberían estar presentes ante la observación ciudadana.

El argumento utilizado por el gobierno federal y local para justificar y legitimar las acciones extralegales de todas las fuerzas del orden que participaban, fue el de la conspiración comunista. La represión a todos los movimientos huelguísticos y la perpetrada contra el movimiento estudiantil del 68 en sus diferentes fases, mantuvo un patrón siempre homogéneo, ser ampliada, pública y extendida. Ante esta estrategia represiva ante el desenlace del movimiento, fue que algunos intelectuales del movimiento armado socialista hicieron una lectura, una valoración y un uso político del acontecimiento. Dos posturas discordantes encontramos en Raúl Ramos Zavala e Ignacio Salas Obregón, fundadores de la LC23S.

Ramos Zavala leyó, valoró y propuso un uso político del movimiento estudiantil del 68 desde una perspectiva política, el 68 como una oportunidad para que la izquierda revolucionaria se examinara y redefiniera, replanteara su concepción política y organizativa. Para que replanteara su línea política, sus estrategias de acción y las formas de lucha. Para Ramos Zavala el 68 fungió como un efecto catalizador; abrió la oportunidad para cuestionar agudamente la capacidad y el papel del Partido Comunista Mexicano y de la Juventud Comunista. Además, sentenció que ambos organismos mostraron su incapacidad para asumir la dirección del movimiento de masas, definir las líneas de acción del movimiento. Cuestionó la incapacidad de estos organismos para actuar con estas organizaciones carentes de identidad y conciencia de clase. De haber sido incapaces de canalizar, articular y generar sentido, identidad y conciencia de clase a las múltiples movilizaciones obreras, campesinas, juveniles y estudiantiles.

Movilizaciones que habían –a los ojos de Ramos Zavala- emergido de manera espontánea o explosiva, sin órgano asociativo, reivindicativo, articulador, sin contenido y sin objetivos claros en la acción. Que eran movilizaciones que no estaban guiadas por una vanguardia. Ante ello, Ramos Zavala sentenció que el PCM estaba atrapado en una crisis de concepción organizativa y en su línea política, ya que no tenía un marxismo aplicado, sino un marxismo ritualizado. El 68 puso en jaque a las organizaciones de izquierda en el país, pues tenían que hacer una evaluación de las líneas políticas y replantar el ritmo de la acción después de la masacre.

Así que Ramos Zavala vio como era prioritario consolidar un nuevo partido revolucionario, una organización armada superior, sentar las bases de una teoría vanguardista que les permita amalgamar a las múltiples organizaciones de izquierda. Así, el movimiento estudiantil del 68 favorecería para la conformación de un partido sin prácticas “oportunistas” ni “reformistas”. Un partido que fomente los principios del comunismo, combata el “dogmatismo” y que conforme un núcleo de autodefensa armada, el cual debe incrustarse en el movimiento de masas, incentivar la participación política y, a la vez, proteger al movimiento en general.

Como puede observarse, la perspectiva de Raúl Ramos Zavala, tiene un enfoque meramente político, propone la conformación de un partido político de izquierda, conciliatorio con otros grupos de la izquierda política mexicana, a los cuales debe articular, orientar, coordinar y acompañar en la movilización social, así como un núcleo armado radical que incentive la participación y a la vez la proteja.

Por su parte, Ignacio Arturo Salas Obregón realizó una lectura, una valoración e hizo un uso político del movimiento estudiantil del 68 diferenciado. Su propuesta política está basada en el conflicto radical, en la que el movimiento armado es la única salida o alternativa para lograr una transformación y, posteriormente, llegaría el establecimiento del partido.

Salas Obregón realizó una discusión política y un análisis marxista del curso del movimiento revolucionario, de la experiencia práctica de la lucha proletaria desde el año de 1956. Sostuvo que México había entrado a una fase imperial del capitalismo y que esta situación generó múltiples retos para el proletariado, como: consolidarse como clase social, derrocar el gobierno de la burguesía y conformar la dictadura proletaria.

Para Salas Obregón el proletariado tenía todas las condiciones a su favor, para consolidar su conciencia de clase y conformar su partido proletario armado y no sólo con “teoría de vanguardia” sino con actividad militar de vanguardia. Que el proletariado estaba en un buen momento para realizar la guerra de carácter prolongado basada en el hostigamiento, militar contra la burguesía y las fuerzas del Estado. Vio el 68 como un movimiento que concretó una tendencia histórica ofensiva del proletariado, la cual se encaminaba a la insurrección, fue el inicio de la huelga política y, por ende, el comienzo de la fase superior de la lucha proletaria.

Paralelamente, Salas Obregón percibía la vorágine de la ofensiva superior, el combate de calle y la resistencia colectiva. El 68 fue el punto de quiebre, el momento de madurez proletaria que puso en evidencia la necesidad de pasar a formas superiores de lucha, táctica y organización. Pensaba que era urgente implementar estrategias defensivas para evitar que las agresiones y la represión del Estado golpearan las movilizaciones como había sucedido incluso antes del movimiento del 68.

Para Salas Obregón el 68 fue el comienzo de la insurrección, la guerra de guerrillas que debe generalizarse de manera organizada, a través de Brigadas, y Comités Coordinadores de Brigadas. Indiscutiblemente, la perspectiva de Ignacio Salas Obregón, predominó en la conformación de la LC23S, una organización política militar que puso en marcha la lucha armada socialista con el anhelo de triunfar y posteriormente consolidar el partido político revolucionario. El triunfo de esta lectura, valoración y uso político se solidificó ante el asesinato de Raúl Ramos Zavala acaecida el día 06 de febrero de 1972 en el parque México en la capital. Salas Obregón fue el sucesor de este proyecto político y fue distinguido como el principal dirigente de la LC23S.

### Fuentes documentales

Archivo general de la Nación (AGN). Galería Uno. Fondo Dirección Federal de Seguridad (DFS). DFS 100-24-18-67. Libro 6. Hoja 104.

Archivo General de la Nación. Galería Uno. Fondo Dirección Federal de Seguridad. DFS 11-4-68. Libro 24. Hoja 191.

Archivo General de la Nación. Galería Uno. Fondo Dirección Federal de Seguridad. DFS, 11-4-68. Libro 40. Hoja 182-197.

[http://nacidosenlatempestad.50webs.com/Bio\\_Raul%20Ramos%20Zavala.htm](http://nacidosenlatempestad.50webs.com/Bio_Raul%20Ramos%20Zavala.htm)

<https://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/2013/04/28/oseas-al-analisis-de-los-movimientos-sociales/>

### Bibliografía

Aguayo Quezada, S. (2015). *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado*. México: Ediciones Proceso/ Editorial INK.

Ayala Guevara, L. (2005). *La guerra sucia en Guerrero. Impunidad, terrorismo y abuso de poder*. México: Editorial Ayalacenter.

Condes Lara, E. (2007). *Represión y rebelión en México (1959-1985). La guerra fría en México, el discurso de la represión*. México: Porrúa.

De la Garza Toledo, E., Ejea Mendoza T., y Macías García, L. F. (2014). *El otro movimiento estudiantil*. México: UAM-A/ Plaza y Valdés.

Dosse, F. (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universidad de Valencia.

Gamiño Muñoz, R. (2011). *Los Vikingos. Una historia de lucha política y social*. Guadalajara: Colectivo Rodolfo Reyes Crespo.

----- (2016). *Frente Estudiantil Revolucionario. Antecedentes, nacimiento y represión*. Guadalajara: Taller Editorial la Casa del Mago.

- Ibarra Chávez, H. (2012). *Juventud rebelde e insurgencia estudiantil. Las otras voces del movimiento político-social mexicano en los años setenta*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Jardón, R. (2003). *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidense en 1968*. México: Ítaca.
- México del 68. Cronología de la revuelta estudiantil”. Recuperado de <https://info.nodo50.org/Mexico-del-68-Cronologia-de-la.html>
- Montemayor, C. (2010). *La violencia de Estado en México. Antes y después del 68*. Debate: México.
- ¡Que no vuelva a suceder! (2005), Comisión de trabajo para el Esclarecimiento de la Verdad Histórica de la Fiscalía Especial para los Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP). “Último Borrador”.
- Ramos Zavala, R. (2003). *El tiempo que nos tocó vivir. Y otros documentos de la guerrilla en México*. México: Editorial Huasipungo.
- Rivas Ontiveros, J. R., Sánchez Sáenz, A. M. y Tirado Villegas, G. A. (Coords). (2017). *Historia y memoria de los movimientos estudiantiles a 45 años del 68*. México: Gernika, UNAM, DGAPA, FES Aragón-UNAM.
- Salas Obregón, I. A. (2003). *Cuestiones fundamentales del movimiento armado revolucionario*. México: Editorial Huasipungo.
- Sánchez Parra, S. A. (2012). *Estudiantes en armas. Una historia política y cultural del movimiento de los Enfermos. (1972-1978)*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Scherer, J. y Monsiváis, C. (1999). *Parte de guerra. Tlatelolco 1968. Documentos del General Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*. México: Nuevo Siglo Aguilar.
- Simón Delgado K. y Guzmán Cárdenas, D. (2016). *La organización estudiantil en la Universidad Autónoma de Querétaro (1958-2016)*. “Entre las aulas y la política”. México: Universidad Autónoma de Querétaro.
- Veledíaz, J. (2017). *Jinetes de Tlatelolco. Marcelino García Barragán y otros retratos del Ejército mexicano*. México: Ediciones Proceso.